IX CONCURSO DE RELATOS CORTOS POLICIACOS

“ÁNGEL LUIS MOTA” (CURSO 2016-17)

Relatos ganadores

3ª modalidad: Bachillerato y ciclos formativos

1er. premio ex aequo

La Siriquisiaca

De Enrique Serna Valverde (IES Fernando Zóbel, 2º de bachillerato)

Y una última palada de tierra oculta el rostro inerte de aquella monja adolescente, que yace con los brazos cruzados sobre su pecho, atrapada en un pequeño hueco, húmedo y frío, para la eternidad. Su padre, Rígor Mortis, el único sepulturero del lugar, se arrodilla a los pies de la tumba y apoya con cariño su vieja pala. Es un entierro, pero no uno más. Hoy es su hija la protagonista de tan macabra historia. Lloro por primera vez. Sor Teo había sido excomulgada, era atea y ludópata; de ahí que no hubiese ninguna autoridad religiosa aquel lluvioso día de enero. Gibo Mortis, el hermano de Rígor, acariciaba con ternura su hombro. Él era el inspector de policía de la villa catalana de Llibres y de él dependería esclarecer el terrible crimen acaecido la pasada madrugada. Era un hombre bonachón y cercano, pero todos lo conocían por su enorme joroba y su mirada estrábica. No era un gran detective, ya que en muchas de las investigaciones llevadas a cabo había llegado a una conclusión errónea, pero seguía siendo el inspector jefe y el único miembro de la comisaría del pueblo. Cuatro crímenes habían asolado la villa durante la última semana y todos ellos acometidos contra los librereros. Llibres era el pueblo español con más instalaciones por metro cuadrado destinadas al fomento de la lectura y Gibo era consciente de ello. Sor Teo era la presidenta de un club de lectura de novela negra y la última víctima. Todos los vecinos se apresuraron a quemar sus libros por miedo a posibles represalias. “El jorobado de Llibres” había examinado con cautela las marcas que poblaban el cuello de su sobrina; todas eran iguales, redondeadas y se repetían periódicamente. Con total seguridad afirmó que había sido asfixiada con un rosario. Consideró que la prueba era lo suficientemente obvia como para inculpar a San Tito, el cura de la villa, y solicitó con premura su orden de arresto. El santo era un personaje exaltado, “ultracatólico”, que oficiaba el culto con tanto fervor que llegaba a subirse al altar para hacerse ver y oír

porque apenas llegaba al metro y medio de altura. Siempre estaba malhumorado y recriminaba a aquellos que no acudían a misa todos los domingos. Lo cierto es que cada vez eran menos los que afirmaban creer en Dios. Los habitantes de Llibres habían abierto su mente gracias a la difusión de la cultura. Además, el independentismo se había extendido con rapidez y ya eran muchos los que protagonizaban revueltas frente al ayuntamiento para reclamar una mayor autogestión. El alcalde, Don Manolete de Guzmán, como a él le gustaba que le llamasen, era un derechista confirmado, taurino y muy español. Siempre vestía un polo de manga corta con la bandera de España, fuese invierno o verano, desprendía un cargante aroma a Varón Dandy y llevaba el pelo engominado. Era católico y amigo de San Tito. Acumulaba una enorme fortuna, fruto de la herencia familiar y de los años en política. Le gustaba pasear su descomunal tripa por la calle principal, exhibiendo sus mejores galas. Estaba casado con Jamila, que afirmaba ser la reina de una tribu somalí. Tenían un hijo adolescente, republicano y comunista, que vivía independiente en una pequeña casa de madera a las afueras de Llibres, justo al lado de la de Mari Paz, militante del Partido Verde y dueña de un herbolario. Todos la conocían como Pacita, era ecologista e impartía clases de yoga en su humilde cabaña desde el fallecimiento de su marido. Siempre comentaba su preocupación por la vida y la necesidad de libertad inherente al ser humano. Vivía feliz a sus sesenta años, apartada del núcleo urbano y, sin embargo, era muy apreciada por los vecinos. Cultivaba su propia huerta y repartía los productos cosechados entre todos los habitantes de la villa. Pacita era la mejor amiga de la difunta Sor Teo.

Los métodos poco ortodoxos empleados por el inspector Gibo durante el interrogatorio fueron determinantes para que San Tito admitiese ser cómplice y conocedor del asesinato de la adolescente, y no vaciló al delatar a Don Manolete de Guzmán como principal responsable del caso. El alcalde le había comunicado en el confesionario de la iglesia su intención de buscar un asesino para acabar con el incipiente movimiento cultural y conseguir así tres propósitos básicos: garantizar sus ideales conservadores, mantener su cargo político y acabar con el independentismo. San Tito no se opuso, porque sabía que, de esta manera, la masiva afluencia de fieles de años atrás volvería a ser una realidad. Gibo Mortis tomó su gabardina y abandonó la sala en dirección al ayuntamiento. Al abrir las puertas del salón de plenos observó la horrenda escena. El cuerpo sin vida del alcalde descansaba sobre la mesa y, su hermano, ataviado con el traje de enterrador y la vieja pala, permanecía de pie, a su lado, satisfecho por la venganza llevada a cabo. Rígor Mortis caminaba ahora despacio, meditabundo; en dirección a Pacita, la militante del Partido Verde. Gibo corrió hacia él

y lo detuvo, arrebatándole su pala de trabajo. Poco antes de morir, Don Manolete de Guzmán había confesado que la persona a la que delegó los múltiples asesinatos no era otra que la inocente ecologista. Esta, arrodillada en una esquina del salón, lloraba desconsolada; ajena a todo lo que pasaba a su alrededor, pero lo cierto es que nunca sucumbió a las peticiones del político y nunca se dejó llevar por todo aquello que este prometía; pues al fin y al cabo ella era feliz y tenía todo lo que consideraba necesario, salvo una cosa.

Yo, narradora de aquesta historia, soy la verdadera instigadora de tan terribles crímenes. Muchos me conocen como la novia fiel, la parca o simplemente la muerte. Yo fui quien convenció realmente a Pacita, ofreciéndole aquello que anhelaba: la vida eterna, el tiempo infinito. Su mayor preocupación fue el miedo a la muerte, el mantenerse siempre joven y eso la llevó directamente a mí. El alcalde creyó que sus súplicas la habían persuadido definitivamente y no es cierto.

Mari Paz fue arrestada en la pequeña celda de la comisaría de Llibres, junto a San Tito. Mientras este dormía, agarró con fuerza el rosario de su sotana y sintió cómo las cuentas de este se clavaban en torno a su delicado cuello. Había cumplido mi promesa con ella. Rígor Mortis obtuvo un permiso a la mañana siguiente para enterrarla, al igual que a Don Manolete de Guzmán. Eran tumbas idénticas, una al lado de otra, sin más ornamentación que un lúgubre ramillete de margaritas. ¡Vuelvo a ganar!

3ª modalidad: Bachillerato y ciclos formativos

1er. premio ex aequo

El silencio de Criminilla

De Laura Ortega Herraiz (IES Alfonso VIII, 2º de bachillerato)

El pequeño poblado de Criminilla jamás conocería un silencio más profundo, tosco y fúnebre como el producido aquella mañana de octubre, intensamente gélida para muchos corazones. Todas las miradas se dirigían hacia un mismo sitio, a la guinda del pastel, que consistía en el cuerpo inerte de aquel hombre que yacía en medio de la plaza. Tal fue la importancia que se le daba, que llegó a desempeñar la función de un agujero negro. Conforme la gente se acercaba a él se tragaba sus cuchicheos, sonrisas, comentarios impropios... Nadie se atrevía a tocarlo. La escena era comparable con un plato lleno de restos de comida de un restaurante, cuyos camareros no se decidían a retirar por si el comensal no había terminado su trabajo. Pasaron miles de segundos, quizás llegaron a ser horas, hasta que aquel solitario y forastero sheriff, de nombre Kirian, se lo llevó al cuartel para proceder a la realización de una exhaustiva autopsia. Exactamente, fueron cincuenta y dos las puñaladas que recibió el muerto. Habría sido menos agotador para el asesino haber realizado un pincho moruno con su cuerpo.

Los habitantes de Criminilla no conocían al nuevo agente de policía al que le habían asignado el caso. Sin embargo, tuvieron mucho tiempo para intimar con él en los largos interrogatorios que organizó. Todos afrontaron heroicamente los largos careos, las miradas cargadas de culpabilidad, los toscos modales del juez de paz y las imprecaciones de Kirian que corría en dirección contraria a su meta, que era la verdad. Se volcó totalmente en su trabajo, pero fue en vano. No tenía una sola prueba, ni un mísero sospechoso, ni siquiera contaba con el arma homicida. Inspeccionó cada uno de los rincones que albergaba esta vieja y enigmática villa. Tal vez, todo fuera más sencillo si la víctima hubiera tenido turbias relaciones con mafiosos sin escrúpulos. Pero el perfil del difunto era mucho más sencillo que eso. Hombre de mediana edad, estatura baja, vendedor de helados, soltero, sin hijos ni familia cercana, su patrimonio se componía de una casona y una vieja camioneta, sus deudas habían sido pagadas hasta el último céntimo y no se conocía ninguna posible enemistad. Se podría decir que había sido un ángel que había parado a repostar en la tierra durante unos años. En este caso, ¿quién debería colgarse el papel de sospechoso? El sangriento carnicero, que a pesar de poseer una buena arma homicida, lloraba en silencio la muerte de su compatriota. El sacerdote, quien mostraba una clara oposición hacia la condición de ateo de la víctima, pero que, a

su vez, era incapaz de empuñar cualquier arma punzante, ni siquiera un cuchillo de plástico. El viejo y rencoroso general que vivía postrado en una silla en estado vegetativo. El dueño del único bar del pueblo, enemigo del difunto en asuntos deportivos, a quien desgraciadamente le faltaban los dos brazos.

Todo era verdaderamente extraño. Aquel en el que se podía vislumbrar una ligera muestra de venganza o razón para causar un crimen de este calibre tenía, a su vez, un motivo físico o psicológico que le habría impedido llevarlo a cabo. Todas las piezas de este rompecabezas parecían poseer imanes que se repelían por sus polos opuestos, Aunque, también pueden atraerse, solamente deben emparejarse las piezas adecuadas unas con otras. Por esta razón, dejó de analizarlo todo desde el plano subjetivo, que se había convertido en el plano erróneo, para pasar al punto de vista analítico, objetivo, externo, en definitiva, el polo correcto. Las relaciones sentimentales de la víctima le habían cegado completamente, impidiéndole reparar en aquel inusual número: el cincuenta y dos. Cifra que denotaba las veces que el asesino había marcado el cuerpo del muerto, cifra que correspondía con el número total de habitantes de Criminilla. Kirian no salía de su asombro, razón por la que no se percató del conjunto de personas que se habían congregado en la puerta del cuartel. El sheriff salió para calmarlos o para detenerlos a todos a la vez, todavía no tenía claro qué hacer y dudaba que la ley permitiera realizar eso último. Sin embargo, ya era demasiado tarde. El pueblo había tomado una decisión. Tras la primera cuchillada, el cielo se tornó del color de la injusticia y rugió de impotencia. Las lágrimas de los árboles discurrían lentamente por sus ramas desnudas al conocer que un nuevo buscador de la verdad había fallecido. Los habitantes de Criminilla trabajarían siempre juntos para vengar la muerte de su fundador, manteniendo a salvo el oscuro secreto que esta villa esconde en sus entrañas. Salvaguardando de miradas curiosas la extraña y sangrienta tradición de este pueblo que conllevaba cada año un espeluznante asesinato. A veces, morían corruptos empresarios y otras almas inocentes como la de aquel vendedor de helados, que decidió asentarse en un pueblo con una turbulenta historia. Más sheriffs solitarios acudirían para resolver estas enigmáticas muertes, aunque ninguno de ellos acariciaría la verdad tanto como lo hizo el difunto Kirian que en paz descansa. Estos policías realizarán miles de preguntas para las que solo habrá una posible contestación: silencio. El silencio de culpa, el silencio de complicidad, el silencio de Criminilla.

2ª modalidad: 3º y 4º de ESO

1er. premio

Catorce años después

De Raquel Millas Naranjo (IES Alfonso VIII, 3º de ESO)

Cuando era un niño, en pleno siglo diecinueve, cuando la gente de a pie no tenía a su alcance máquina de escribir, mi padre poseía una, con la cual cosechaba grandes éxitos en la escritura de novela negra. Desde que tengo uso de razón recuerdo mi casa repleta de papeles, manuscritos, borradores... Mi padre era un gran escritor. Me acuerdo de cómo le gustaba escribir sobre crímenes que narraba tan perfectos que parecían reales. Y hacía que a mi hermano mayor y a mí nos apasionara también el mundo de la novela negra.

Christopher Nathanson, mi padre, estaba a pocos días de acabar su novela. Lo recuerdo muy emocionado sentado en su silla frente a la máquina de escribir. Él estaba seguro de que iba a tener gran aceptación. Ya había sido anunciado que uno de los mejores escritores del momento iba a publicar algo, y la gente deseaba leerlo.

Un día antes de su salida a la luz, mi padre siempre se pasaba el día entero sentado en su silla revisando su novela. Y ese mismo día cuando mi hermano y yo llegamos a casa de un paseo por la ciudad, entramos a hacerle una visita a su cuarto de escritura, aunque mamá siempre insistía en no interrumpirle. Lo sorprendente fue que al entrar allí, le vimos recostado sobre la mesa, encima de la máquina y, para nuestra sorpresa, sin vida. En aquel momento me llené de preguntas, como él hacía en sus novelas, y me sentí destrozado, pero decidí acercarme, mientras que mi hermano lloraba parado en la puerta agonizando más la escena.

Estando ya a escasos centímetros de él, le vi una profunda herida en la yugular, cuya sangre se iba extendiendo por su libro. Me llamaron la atención dos cortes con la forma de la cruz de San Andrés en su mano derecha, también ensangrentada. Yo había leído algunos escritos de mi padre, pero nunca me imaginaba algo así de macabro y, mucho menos, que me ocurriera a mí y a mi familia.

Pasados dos años del asesinato de mi padre, aún no se sabía quién había sido el asesino y su última novela tampoco se publicó, porque sus hojas absorbieron la sangre, y quedó casi ilegible. También es cierto que los investigadores no mostraron interés por averiguar quién fue y por qué. Pero un par de años después apareció un nuevo caso. El escritor y amigo de mi padre Jack Connor, también de grandes éxitos, fue encontrado sin vida en su casa, con el libro ensangrentado por una herida en la yugular y la misma

marca en forma de 'x' que tenía mi padre, pero esta vez en la mano izquierda. Yo, al recordar la escena de aquel día y al enterarme de la noticia, recuerdo ir con lágrimas en los ojos a abrir mi cajón con cosas tuyas para acordarme también de cuando estaba vivo, como sus gemelos, su cucharilla de café, su foto...

El tema estaba olvidado y, pasados ya catorce años, ayer volvió a ocurrir. Yo estaba sentado en el sofá con mi mujer leyendo el periódico cuando vi un artículo sobre un nuevo asesinato a otro escritor que en pocos días publicaría su novela. Me levanté aterrorizado de un salto volviendo a recordar en cuestión de segundos lo ocurrido con mi padre. Como en un acto reflejo corrí hacia el cajón que llevaba sin abrir desde el asesinato de Jack Connor, cuando era un niño. Revisando sus pertenencias, me fijé en una cosa en la que nunca me había fijado: unas iniciales grabadas en la cucharilla de mi padre que no eran las tuyas y en ese momento recordé que a él no le gustaba el café y nunca lo tomaba. Las iniciales eran 'J.S' y no conocía a nadie que coincidiera. De manera que decidí ir a hablar esa misma tarde con la familia de Jack Connor, porque ¿y si la cuchara la hubiera dejado el asesino también allí? Le mató de la misma forma, así que podía probar suerte.

Y en efecto, allí el día del crimen apareció una cuchara similar a la que yo, de pequeño, guardé pensando que pertenecía a mi padre. De vuelta a mi casa tenía en mi cabeza esas iniciales y pensé en ir a los investigadores, pero presentía que no me ayudarían. De manera que continué mi camino.

Antes de acostarme y para dejar de lado los nervios que tenía, elegí un libro de los cientos que tengo en mi casa. Me fijé en el autor: J. Stone. Y sobresaltado tiré el libro al suelo. Sus iniciales eran J.S y el título era '*El último café*'. Me di cuenta de que ese escritor era el asesino de mi padre y de los demás escritores, y las cucharillas tenían que ver seguro con ese libro que yo poseía.

Mi mujer me aconsejó que no fuera a esas horas de la noche a hablar con los investigadores y la policía, pero no podía esperar más tiempo para resolver el caso. Y esta vez sí que me ayudaron.

Su nombre era Jacob Stone, un escritor de bajo nivel. Ellos tenían su dirección y esa misma noche fuimos a su casa. Le encontramos sentado en un sillón, leyendo una novela de otro escritor de éxito y probablemente su próxima víctima. No pareció impresionarse de nuestra aparición en su casa y lo primero que hizo fue levantarse con cautela acercándose hacia mí y, señalándome, dijo:

-Siempre pensé que ibas a ser tú quien resolviera este caso, Nathanson.

Más tarde al hombre bajito de cabello castaño muy bien cuidado y un cuerpo trabajado, le hicieron hablar sobre lo ocurrido y confesó muy sereno y tranquilo:

-Yo soy escritor y, como cualquier escritor, quiero ser conocido. Pero Christopher Nathanson y los demás escritores muertos, me quitaban las oportunidades de triunfar. Más de una vez he ido a pedir que me publicaran mi libro titulado '*La cruz de San Andrés*' pero no han querido, y me echaban diciéndome que no interesaba lo suficiente. Os preguntaréis por las pistas dejadas. Pues bien, quería que me encontrarais para conseguir fama a cualquier precio.

En ese momento entendí el significado de las cruces en las manos de los fallecidos. Y en aquel instante Jacob Stone comenzó a alterarse y a gritar.

-¡He escrito después de ese libro cuatro más!, y ¿sabéis qué? Ninguno ha sido publicado, solo '*El último café*'. Pues qué mejor manera de conseguir que lo publiquen que eliminando la competencia. ¡Iba a escribir una novela con mis propios homicidios!

Dio un fuerte golpe con la cabeza en la pared y acabó diciendo:

-¿Creéis que me arrepiento de lo que he hecho? ¡Pues no! Llevadme a donde queráis, pero ¡os juro por mi vida que algún día publicarán mis novelas!

Inmediatamente la policía le puso las esposas y se lo llevaron con dificultad. No sé muy bien si a la cárcel o al manicomio, pues a pesar de su falsa serenidad estaba loco.

Pero lo llevaran donde lo llevaran, hoy voy a dormir más tranquilo estando seguro de que Jacob Stone no volverá a actuar y sabiendo, que gracias a mí, este caso se ha zanjado. Y aunque mi padre ya no pueda volver a la vida, él estaría orgulloso de su hijo y de que leer sus novelas me sirvió para que su muerte no se quedara en el olvido sin resolver.

2ª modalidad: 3º y 4º de ESO

2º premio

Mala clase

De Lidia Isabel Martínez Redondo

Estaba a punto de dormirme cuando oí un estallido de risas; mis ojos, que habían estado a punto de cerrarse, se abrieron súbitamente por el susto. Estaba en clase de historia con Víctor y como era de esperar en sus clases, vi combates de tizas, circuitos de carreras aéreas con utilizados aviones de papel, batallas de pulsos al fondo del aula... A pesar de ello, mi compañero Enzo y yo tratábamos de atender. La verdad es que últimamente lo veía raro, como si me esquivara; estaba preocupado, pero cada vez que sacaba el tema, me eludía con alguna excusa.

Las risas provenían de nuestra izquierda, donde Marina, Nacho y Héctor señalaban a Enzo con estruendosas carcajadas. Mi amigo apretó tanto los puños que sus nudillos se volvieron blancos. Se podían distinguir algunos comentarios ofensivos que eran diarios para el pobre chico entre el revuelo. A Enzo empezó a temblarle el párpado, señal de que estallarían en cualquier momento; pero era demasiado tarde: se levantó de su asiento apoyando las manos sobre la mesa y... a Nacho le explotó la cabeza. Los sesos saltaron por todos lados salpicando las paredes y cayeron sobre las mesas y el cabello de los estudiantes como confeti recién lanzado. Me quedé paralizado observando el cuerpo de mi compañero, de cuyo cuello asomaba su médula espinal; sentía sangre resbalando por mi sien del pedazo de cerebro que me había caído sobre el pelo. Miré a Enzo: su sonrisa de satisfacción me heló la sangre e hizo que el vello se me erizara.

El chico miró a Marina, que se levantó y se dirigió hacia una ventana abierta. Héctor descubrió qué estaba pasando, y se dispuso a pegar a Enzo cuando éste, con un gesto de mano, lo lanzó hacia una columna. El chico se dio tal golpe en la espalda, que resbaló por la pared como una muñeca de trapo. De repente se oyó un ruido en la calle: Marina había saltado por la ventana, y deseé con todas mis fuerzas que estuviera viva, a pesar de haber saltado desde un tercer piso. No podía mirar a Enzo: su sonrisa maligna y el brillo satisfactorio de sus ojos me producía una sensación no sólo de miedo, sino también de decepción; habíamos sido amigos desde la guardería.

-¡TÚ! –gritó Víctor señalando a Enzo y acercándose a él. Éste último lo miró con una sonrisa antes de que un lápiz salido de la nada se le hundiera en un ojo, tras lo cual, éste salió de su cuenca con el globo ocular clavado en su punta. Víctor cayó de rodillas agarrándose el sangriento rostro, cuando mi compañero levantó la mano

haciendo como que le estaba ahogando. Al mismo tiempo, mi profesor se alzó en el aire y empezó a retorcerse, pues se veía que no podía respirar. Finalmente, tras un minuto de gemidos, el hombre quedó suspendido en el aire como una marioneta. El joven bajó la mano rápidamente, haciendo que el cadáver del profesor se desplomara en el suelo. Se podían oír voces desde las aulas de al lado, pues debían de haber visto a Marina.

De repente, la gente empezó a gritar y se dirigió hacia la puerta. Enzo hizo un gesto con la mano, y cuando llegaron a ésta, vieron que estaba cerrada.

-Aquí nadie va a salir hasta que yo lo diga. –dijo mi amigo dando un paseo por la clase y dándole una patada al que había sido nuestro profesor de historia- Anda, sentaos. -Ellos obedecieron rápidamente- Supongo que ya os habréis dado cuenta de que soy capaz de controlar las cosas que me rodean. Este... don, es algo que se me concedió desde que nací y hasta ahora he tenido que vivir escondido en mi propio caparazón de mierda, fingiendo que era uno más, otra abeja obrera. Pero ahora, seré la abeja reina, seré Dios. Puede que todos me teman, pero ese miedo será el impulso que moverá a todos a obedecer mis órdenes –oí que algunos profesores aporreaban la puerta preguntando qué estaba pasando. Lisa aprovechó el momento para llamar al 112, pues Enzo se reía de la desesperación de los maestros. Antes de que la chica pudiera susurrar algo más que la dirección del instituto, Enzo levantó su mano, limpia de sangre, pero sucia de pecado, e hizo que la chica se golpeará en la cara mientras ésta lloraba. Tras ello, cansado de los gemidos de la chica, Enzo, con un gesto, hizo que su piel se desprendiera de su cara quedando ésta en carne viva. La chica se desplomó en su asiento.

-Que dramática –murmuró Enzo. Afortunadamente, no sabía que Lisa había logrado contactar con la policía. Sinceramente, no sabía a qué esperaba. Podría matarnos a todos, pero no lo hizo. ¿Por qué? Miraba la hora como si esperase a alguien. Los profesores intentaban derribar la puerta, pero ninguno tenía tanta fuerza como para hacerlo. Minutos más tarde se oyeron las sirenas de la policía, algo con lo que Enzo no contaba.

-¡NO PUEDE SER! ¡Me dijiste que llegaría! –todas las cabezas de mis compañeros estallaron como una bomba, y me quedé paralizado mientras notaba la sangre cayendo por mi rostro.

Ahí fue cuando intervinieron ustedes: derribaron la puerta y entraron en el aula cargados con pistolas y dispararon a Enzo, que cayó al suelo con un estruendo mientras su sangre bañaba el suelo. Ahora soy su único testigo. Ahora que saben lo sucedido, quiero que me dejen olvidar esto (ni siquiera quiero saber por qué lo hizo) porque

nunca, nunca, podré olvidar cómo mi mejor amigo se convirtió en un verdadero monstruo.

INFORME DE TESTIGO DEL CASO ENZO (7-340): Lucas Ortiz Morena

1ª modalidad: 1º y 2º de ESO

1er. premio

Ana, Toby y el hombre del parque

De Andrea Carrasco Collado

¡Hola! Me llamo Ana, tengo doce años y a diario voy al parque a pasear con mi perro Toby. Me gusta ver columpiarse a los niños, a las mamás acariciando a sus bebés, a los abuelos tomando el sol mientras vigilan a los nietos, todos los días igual: la misma gente, los mismos niños... Pero esta tarde he visto algo distinto, sentado en un banco había un hombre que llevaba una gabardina, con un sombrero y un paraguas. Me llamó la atención porque era un soleado día de primavera y no parecía que fuera a llover. De pronto se levantó y se marchó.

Cuando volví a casa, mi madre veía la tele atentamente.

-¿Qué pasa, mamá?-pregunté.

-Calla, hija-dijo mi madre.

Me senté a su lado y oí que una anciana de nuestro vecindario había aparecido muerta en su casa. Nadie había visto nada y buscaban a su familia.

-Era una buena persona-murmuró mi madre entre lágrimas.

La señora Martina tenía 83 años y vivía sola desde la marcha de su hijo Nicolás a Alemania.

Una semana después, en el mismo banco estaba el señor del sombrero; toby se acercó y el señor se fue. Entonces Toby empezó a escarbar y escarbar bajo el banco y sacó un envoltorio.

Yo aparté a mi perro de allí y llamé al guarda del parque, que cogió el paquete y se lo llevó. Toby y yo nos marchamos a casa y le conté todo a mi madre.

-Tienes mucha imaginación-me dijo-seguro que era el bocado escondido de algún niño, no te preocupes y olvídalo.

Aquella noche apenas dormí, cuando cerraba los ojos veía al hombre del parque entrando en mi habitación. Al día siguiente, antes de ir a clase, escuché las noticias, pero no dijeron nada de que se hubiera encontrado nada raro en el parque. Cuando volví del instituto pregunté al guarda del parque por el envoltorio y me dijo que era un cuchillo con sangre y que estaba en manos de la policía.

-¡Tenía razón, mamá!, ¡tenía razón!, el envoltorio tenía algo malo, el señor del paraguas ha hecho algo terrible.

-Calla, Ana, no digas tonterías, el cuchillo puede ser de cualquiera.

-¿Y si es el que mató a la señora Martina?

-Venga, déjalo, vete a pasear a Toby y no vengas tarde.

En las noticias de la tarde informaron de que se investigaba un cuchillo ensangrentado que un perro había encontrado en el parque.

A la mañana siguiente pasé por el parque y allí estaba el hombre del paraguas, la gabardina y el sombrero. Cuando volví de clase ya no estaba y, no sé por qué, respiré tranquila. Me quedé mirando a los niños columpiarse, a sus mamás dándoles la merienda, a los abuelos tomando el sol y de pronto perdí de vista a Toby.

-Toby, ¿dónde estás?, ¡Toby! ¡Toby! –grité- ¡Toby! ¡Toby!

A pesar de buscarlo por todo el parque no lo encontré y me puse a llorar... Toby, ¿dónde has ido?

Había pasado una semana y yo había perdido la esperanza de recuperar a Toby cuando un sábado nublado, en el momento en que me disponía a darme una ducha, sonó el timbre de la puerta. “Cink, clank”.

-Ya voy-dijo mi madre desde la cocina, mientras yo abría el grifo de la ducha y ya no oí nada más.

Cuando terminé escuché cómo mi madre me llamaba a gritos a la vez que un conocido “guau, guau”, me puse el albornoz y casi sin secarme salí corriendo del cuarto de baño. Allí estaba Toby, saltando y dando vueltas alrededor.

-¿De dónde sales?, ¿dónde has estado?

-Lo ha traído Nicolás, el hijo de la señora Martina, dice que lo encontró en el parque con una pata herida, quizá en una pelea con otro perro, y que lo llevó al veterinario y lo ha cuidado este tiempo. Luego, gracias al chip nos ha encontrado.

Yo apenas escuchaba a mi madre pero sí me fijé en algunas palabras: Nicolás, parque, señora Martina...

-Ese hombre, ¿llevaba gabardina, sombrero y paraguas?-pregunté.

Mi madre dijo que sí, que era normal con el día que hacía. Yo empecé a dar vueltas a mi cabeza, tal vez era el hombre del parque que había matado a su madre y había escondido el cuchillo. Todo cuadraba. Aquella tarde llovió y no salí, me la pasé jugando con Toby. De pronto me asomé a la ventana, miré al parque, los columpios estaban vacíos, los bancos mojados... pero allí estaba sentado él, en el mismo sitio. Entonces se acercaron dos hombres más y se lo llevaron cogido por los brazos. Los vi alejarse y me tumbé en la cama, mientras Toby jugaba con el hueso de goma, y me quedé dormida.

-¡Pom, pom! Ana, ¿te has dormido? Vamos a cenar- oí decir a mi madre.

Salí y fui a la mesa con papá y mamá.

-Pon la tele-dijo mi padre-creo que han cogido al que robó el banco.

Yo estaba de espaldas porque mi padre dice que me entretengo con la tele y no cenó. Empezaron las noticias: “Se ha detenido al autor del atraco al banco B.H. que hirió de gravedad al director con arma blanca. No ha opuesto resistencia a la autoridad y ahora está siendo interrogado.” Entonces vi a mi madre petrificada, casi se le cae la sopera, mi padre la ayudó y, entonces, yo me volví y lo vi, era él. En la pantalla estaba el hombre del parque, era el hijo de la señora Martina y el autor del atraco.

-No puede ser- dijo mamá- ha estado en casa, y explicó a papá que era el hombre que devolvió a Toby. Aquella noche apenas cenamos.

Han pasado dos meses y el caso está resuelto. El hombre se declaró autor del robo y explicó que la señora Martina lo había descubierto escondiendo el botín en una bolsa de basura en un rincón de la cocina. Al descubrir que su hijo era el ladrón del banco había sufrido un ataque al corazón y había muerto. El hombre, asustado, se fue e intentó comportarse de la manera más natural para no levantar sospechas. Por eso se sentaba en el banco donde lo hacía de pequeño con su madre. Pero hay algo que no se ha aclarado... ¿Qué pasó con Toby la semana que estuvo desaparecido? ¿Pensó matarlo por encontrar el cuchillo y luego se arrepintió? Eso solo lo saben Toby y Nicolás. Uno está conmigo, el otro entre rejas.

1ª modalidad: 1º y 2º de ESO

2º premio

Una trágica nochebuena

De María Abad González

Todo ocurrió un 25 de diciembre, mucha gente por esas fechas estaría de vacaciones, pero a mí mi trabajo no me lo permitía.

Esa mañana me informaron de un múltiple homicidio, toda una familia había sido asesinada a sangre fría en Madrid. La familia era una de las más importantes y ricas de la ciudad. ¿Quién querría matar a una familia con tanto nombre?

Según los forenses las víctimas murieron el 24 por la noche, casi consecutivamente.

Llegué a la casa, parecía una mansión, todo parecía estar en orden, hasta llegar al salón; aquello parecía un matadero, olía fatal, todo estaba lleno de sangre, y allí estaban siete humanos muertos tirados en el suelo rodeados de médicos forenses y policías. Poco después se llevaron los cadáveres, era hora de comenzar la inspección de la casa. Comenzamos en el salón donde ocurrió todo, lo único que encontramos fue sangre, algo de comida tirada por el suelo... pero nada sospechoso.

Los forenses confirmaron que todos los miembros de la familia habían muerto por herida de bala. Yo volví a la comisaría para revisar archivos y antecedentes de algún miembro de la familia que me pudieran ayudar, mientras otros compañeros se quedaban en la casa buscando pistas.

Al llegar a la comisaría empecé a buscar datos que me sirvieran. Después de mucho tiempo encontré una irregularidad en las cuentas del banco, seguí investigando en archivos y demás... Fui más allá, pregunté a personas cercanas, amigos, socios... y descubrí un problema que tuvieron, no hacía mucho, con unos socios de una empresa de vehículos. En ese momento pensé que los socios se habían vengado por no pagar la deuda. Creí que ya lo sabía, pero al ver las cuentas de la empresa, vi que la deuda había sido pagada unos días después.

Acabó un día muy largo, me fui a dormir pensando en todo lo que había sucedido. Me dormí pronto, me esperaba un largo día. Al día siguiente, me levanté con mucha energía queriendo avanzar en el caso, llegué a la comisaría y encima de la mesa me encontré con los informes forenses de las víctimas y una nota que decía “vuelve a revisar los documentos”. Empecé a examinarlos y en uno de ellos encontré algo extraño. Una de las víctimas había recibido dos disparos en la cabeza y ocho en el pecho y abdomen, está claro que alguien lo quería bien muerto. La víctima era el menor de los

hijos de la familia. ¿Por qué tanto odio? Volví a la casa donde todo había sucedido, era mucho terreno que examinar ya que era una gran casa. En el salón todo estaba ya limpio y en orden, no había signos de violencia. La puerta no estaba forzada y las ventanas tenían sistema de alarma; todo me indicaba que las víctimas debían de conocer al asesino, pero ¿por qué aquella noche en la que estaban todos reunidos? ¿Por qué matar a toda una familia? ¿Por qué querrían al hijo menor bien muerto? Eran muchas preguntas todavía sin respuesta.

Ya me iba, no había encontrado nada que me sirviera...

Bajaba las escaleras y al llegar a la entrada, justo al lado de la puerta del garaje, una especie de sexto sentido me paró y me advirtió del garaje. No tenía nada que perder, así que entré. Al ver aquel lugar, un escalofrío me heló el cuerpo, era un sitio antiguo y sucio, todo lo contrario a la casa. La puerta de la calle estaba abierta y una corriente de aire debió de cerrar la puerta del garaje de un golpe. A la vez, de la estantería que había al lado se cayó una baldosa, había varias herramientas y... encontré una pistola. La cogí, la guardé y la llevé a balística para ver si las balas coincidían con el calibre de la pistola, alguna mancha de sangre, huellas dactilares... Horas más tarde lo confirmaron, era la pistola del crimen. Estaba limpia, sin restos de sangre ni huellas dactilares, como nueva. Eso me hizo pensar que el asesino se tomó su tiempo, sin prisa. Seguí investigando sobre el hijo menor de la familia, era muy extraño, pero parecía que las cosas no le iban muy mal: tenía varias tiendas de comestibles en la ciudad junto con un socio. Se me ocurrió ir a hablar con ese socio, pero no lo encontré, estaba desaparecido. Eso me hizo tener más sospechas hacia él.

Al día siguiente localizamos al socio en un puerto en el que iba a coger un ferri a Italia y huir del país. Cuando le cogimos decidió confesar. Dijo que él era socio del hermano pequeño y de la familia, y también un buen amigo. En principio, el plan era que el hermano pequeño mataría a toda la familia y se dispararía a sí mismo para que pareciera un robo, porque el testamento de los padres revelaba que, al ser el menor de todos, era el que menos riquezas iba a obtener. El hermano le pidió ayuda al socio para cometer el crimen y después el testamento se lo repartirían entre los dos.

Pero se torció cuando el socio se enteró de que al ser muy cercano a la familia también estaba en el testamento. Entonces al llegar a la casa, cuando el hermano pequeño ya habría matado a sus familiares, el socio mató al hermano para no tener que repartir el testamento entre los dos. El socio fue condenado a 50 años de cárcel y el caso fue cerrado.